

CIGARRILLOS

LaViscera

Año 04

Núm. 28

Octubre 2024

Año 4 | Núm.28

LaViscera Magazine

 www.facebook.com/LaViscera

Dirección / Coordinación
EDULOGIC PRODUCCIONES

Corrección
CVH

Consejo de redacción
CARLOS SAN JORGE
PATRICIA SÁNCHEZ
CARLOS VICENTE

Maquetación / Diseño
PATRICIA SÁNCHEZ

Contacto:
LaViscera@edulogic-producciones.com
www.edulogic.es



Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin autorización expresa de los autores y del equipo directivo de **LaViscera Magazine**.

Todos los derechos reservados.



Me pregunto si podrías ponerle al resto de tu vida la pasión que le pones a fumar cigarrillos.

TERRY PRATCHETT, *Going Postal*

CIGARRILLOS

- 04 Carlos Vicente
UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (XXVII)
- 06 Patricia Sánchez
Y NO LA DE MÉRIMÉE
- 10 Andrés M. Níguez
LA FOTO
- 12 Carlos San Jorge
POR CULPA DE LA HIPNOSIS
- 14 Beatriz Gorjón
¿EL ÚLTIMO?
- 16 Edwing Vladimir: ESTROFAS VISCERALES
DESIERTO DE CENIZA
- 18 VÍSCERAS INVITADAS: MIRIAM JU
CIGARRO
- VÍSCERAS INVITADAS:
FERNANDO SOTO REDONDO
- 20 **FUNDIDO A NEGRO**
- Pedro Vez Luque
- 24 **LA OBRA**



¿Si nuestras almas fumasen, serían vendedoras de humo?
¿Si el corazón fuera médico, fumaría crack?
¿Si el cerebro estuviera en el estómago, vapearía? ¿Si las sombras estuvieran deprimidas, pertenecerían a un club de fumadores? Quizás tres paquetes de Marlboro al día te den la respuesta adecuada a cada una de las preguntas que te hace la vida minuto a minuto. Quizás.

Siempre he querido escribir —pero nunca lo haré— una obra de teatro en la que se vive en un mundo cuyo bien máspreciado es el tabaco porque cura todo tipo de enfermedades, incluido el cáncer. El problema es que el estado lo controla y no se lo da a cualquiera.

Dos personas hablan en un callejón. Parece que están trapicheando con alguna droga. Negocian sobre algo.

María: ¿Y no tendrías algo más?

Ramiro: Lo siento, no. Ya no hay más hasta la próxima cosecha. Y si el jefe me pilla, me deja sin mi dosis seis meses.

María: Es que mi abuela tiene cáncer y me han dicho que el Fortuna lo cura más rápido.

Ramiro: Ya, pero no puedo hacer nada. Para eso, lo único que tengo es Camel, y dos paquetes.

María: Pero eso sólo da para dos días y el tratamiento dura una semana.

Ramiro: Lo tomas o lo dejas.

María: Dámelos. ¿Cuánto es?

Ramiro: Por ser para tu abuela, cien euros. El resto, a setenta y cinco el paquete.

María: ¿Setenta y cinco? Pero si la semana pasada estaban a cincuenta.

Ramiro: Ya, pero esto cada vez se ha puesto más complicado. El estado tiene el monopolio y sólo lo venden a la gente de su entorno.

María: ¿Es que no tienen corazón? Tanta sanidad pública y tanta educación y luego nos hacen esto.

Ramiro: En eso yo no me meto.

María: Ese es el problema de que el anterior muriera en la cama.

Ramiro: Ya, pero yo con tal de tener para lo mío.

María: Cómo se nota que tú no tienes problemas.

Ramiro: No haber hablado.

María: Si lo único que hice fue ir a misa.

Ramiro: A quién se le ocurre. Eso lo tienen muy penado. Si yo fuera tu marido, no te dejaba salir ni de casa. Si acaso al ir a Rabat. Y muy vigilada. Mírate. Si llevas pantalones vaqueros debajo de la falda.

María: Me hacen sentir libre.

Ramiro: ¿Y para qué queréis ser libres? Si el estado os provee de todo. Lo único que tenéis que hacer es no dar problemas.

María: Pero no nos dan tabaco, que nos cura todo.

Ramiro: Porque sobra población, que no os dais cuenta. Que un día todo esto se irá a la mierda. Ya lo dijeron en 2024.

María: Pero estamos en 2156.

Ramiro: Las cosas llevan su tiempo.

María: Eso es lo que no nos da el estado.

Y así seguiría la conversación hasta que él la denunciara por infiel al estado. Ella haría un monólogo terrible desde una cárcel en Oriente y él se iría de vacaciones al Caribe después de dar una entrevista en la televisión pública.



UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (XXVII)

CARLOS VICENTE



PATRICIA SÁNCHEZ Y NO LA DE MÉRIMÉE

- ¿Sí?
- Muy buenos días ¿hablo con Don Alejandro César Leopoldo?
- ...
- Perdona... ¿Me escucha?
- ¿Quién habla?
- Así mejor, no conteste usted diciendo «sí» tan alegremente porque pueden grabarle y luego usar su voz para firmar hipotecas y esas cosas. Que yo lo digo por su bien, que no es mi trabajo ir por ahí alertando a la gente, pero una es buena por naturaleza y... ¿Hola? ¿Sigue ahí?
- Sí...
- Otra vez que ha dicho sí, pues nada, usted verá, luego nos extrañamos de las cosas que pasan.
- Perdona, pero...
- Si es que no escuchamos, no escuchamos, es el mal de esta sociedad. Menos mal que ha dado usted conmigo y no con otra, en fin, por mí que no quede, vayamos a lo nuestro.
- Lo nuestro...
- Bueno, lo suyo, que yo lo que trato es de arreglar lo suyo.
- Pero ¿quién es usted y qué quiere?
- Pues si me dejara usted hablar, caballero, si dejara de interrumpirme, a lo mejor ya lo sabría, que todo son prisas, pero como no escuchamos...
- Perdona, pero es que no entiendo...
- Y no me venga con que si no son horas, que si la ley de protección de datos, que si la lista Robinson... Porque yo contacto cuando toca contactar y listo.
- Mire, me va a disculpar, pero...

- ¿Es usted o no es usted Don Alejandro César Leopoldo?
- Sí... digo... afirmativo... ¿Puedo decir afirmativo? Como no puedo decir sí...
- Ya da lo mismo, Don Alejandro César Leopoldo. Si hubiese querido le hubiera desplumado en el minuto uno.
- Bueno, pues dígame si es usted tan...
- Me llamo Antonia y soy la voz en su cabeza extensión 875 y el motivo de este contacto es...
- ¿Ha dicho usted que es la voz de mi cabeza?
- Vamos a ver, Don Alejandro César Leo...
- Llámeme Jorge.
- ¿Perdón?
- Llámeme Jorge, es más corto y más bonito.
- Pero ¿por qué me tienen que tocar a mí siempre los del minutito de microondas?
- Perdona no he entendido... ¿Qué ha dicho de...?
- Nada, nada. A ver, Jorge, sí, soy una voz en su cabeza, una de tantas, Antonia, extensión 875. En realidad yo era feriante, pero, gracias a mis habilidades como médium, me captaron una vez que paramos con el circo en Cantalpino, porque le adiviné a un directivo de RevisionesProCultura S.L. que su mujer le iba a poner los cuernos con el que le estaba haciendo las molduras del techo en el chalé y, en pago por mis servicios y admirado por mis capacidades, me ofreció un puestecito en la empresa.
- Ya...
- Pero que no estamos aquí para hablar de mí ni de mis peripecias vitales por mucho que puedan resultarle interesantes, que yo le contacto por lo de Carmen.
- Carmen...
- Y que, si no le importa, vamos a aligerar un poco, que el suyo no es el único expediente que tengo que cerrar hoy y que estos de LaViscera no van a maquetar veinte páginas con lo suyo sólo porque a usted le cueste captar la historia.
- Pero si es que yo llevo muerto...
- Ciento cuarenta y nueve años, Señor Bizet.
- Jorge.
- Jorge, precisamente por eso le contacto de esta manera, que ya me gustaría a mi haberlo arreglado con un burofax o un audio de WhatsApp.

- Con un ¿qué?
- La cosa es que, como el año que viene se cumplen ciento cincuenta años de su deceso, imaginamos que en alguna que otra asociación cultural o fundación con ganas de lucirse un poco querrán darle bombo a esa operita que compuso usted...
- Carmen.
- Carmen, y no le voy a engañar señor Bizet...
- Jorge.
- Jorge, las cosas están un poco chungas en los tiempos que corren y, o metemos mano y nos adelantamos un poco, o se la van a censurar en menos que canta un gallo...
- Pero vamos a ver... tan importante...
- Vale, perdona, que me he saltado el procedimiento y no he empleado el argumentario del ego y la caricia en el lomo, que pensé que, viniendo usted del mundo de la ópera y habiéndolas palmado sin haber recibido más que críticas, podíamos saltarnos esa parte
- Me está empezando a doler la...
- No me venga con esas, que usted está muerto y yo estoy aquí dentro y sé que no le duele ni la cabeza ni ninguna otra parte del cuerpo.
- Bueno, vale.
- Pues sí, tuvo éxito su operita y se representa de tarde en tarde, a veces hasta meten caballos y todo...
- Caballos...
- Yo la vi una vez en Madrid, en el Teatro Real, y me dio un poco de asco porque el caballo en cuestión se marcaba un baile así como de raza con la chiqueta que hacía de Carmen, pero a cada vuelta que daba el equino dejaba todo el escenario lleno de babas y luego la muchacha en un alarde de gitaneo, que como buen francés que es ya sabe usted que eso por aquí gusta mucho, se tiraba al suelo y, ¡hala!, todo el vestido pringado, arcaditas que me dieron...
- Caballos...
- ...que yo, además, lo vi con el ángulo adecuado porque estaba en anfiteatro que están las entradas y los abonos del Real como para pagarse un patio de butacas, ¿sabe usted?

- No, no lo sé.

- Y vayamos al grano, por favor se lo pido, que por su culpa no vamos a terminar nunca.

- Vale.

- Tenemos que darle una vuelta a la historia.

- ¿Cómo?

- Que tenemos que darle una vuelta a la historia, a la protagonista, porque, como ya le he dicho, si no lo hacemos, el año que viene, a la primera de cambio se la censuran. Que si incitación a la violencia, que si sexo explícito, que si tal y cual Pascual y hasta luego Mari Carmen.

- Pero si usted dice que han pasado...

- Ciento cuarenta y nueve años, sí...

- Yo pensé que a medida que la sociedad avanzara...

- La sociedad no avanza Jorge, la sociedad es un elefante en una cacharrería con una bola de billar en la mano con la que deciden sobre lo humano y lo divino pensando que tienen un cincuenta por ciento de posibilidades de acertar.

- Pues es un alivio estar muerto entonces...

- Ya se lo digo yo.

- Pero si Carmen es una mujer libre, fuerte, independiente... ¿Es por eso? ¿O porque es gitana?

- No, lo de las minorías raciales de momento está solventado y lo de que la hicierais tan pibón nos da algún que otro quebradero de cabeza con el tema de los cuerpos normativos y eso, pero creo que podemos arreglarlo con un buen enfoque.

- No me estoy enterando de...

- Lo que tenemos que justificar es el tema del asesinato... Y no va a ser tan fácil como lo de la canción de Mecano, ya sabe, que lo de «dos drogadictos en plena ansiedad roban y matan a Mario Postigo» lo firma el Cano pero es cosecha de una servidora, que lo sepa usted.

- ¿Pero cambiar algo para que no lo censuren no es también una forma de censura?

- ¡Bueno! Lo que me faltaba, la tontería que acaba de decir Don Alejandro César...

- Jorge.

- Jorge, cómo se nota que lleva siglo y medio criando malvas y tiene la neurona atrofiada, con ese tipo de bobadas empezó el bueno de Estefan y en un fin de semana ya le han mandado tres libritos a la hoguera.

- De todas formas, esto deberían tratarlo con Próspero...

- No, si ahora el tipo este me dirá que hable con su agente...

- ¿Con quién?

- Con Próspero Mérimée, ya sabe, el autor del libro que...

- Ah no, con un gabacho por jornada tengo suficiente, y más llamándose Próspero. Además, el aniversario es el de su muerte y lo que hay que acondicionar es su ópera, como ya pidamos que la gente se lea el libro...

- Pues qué bonito pinta todo ¿no?

- No lo sabe usted bien.

- Pero sigo sin entender...

- A ver, centrémonos, que luego tengo que contactar con José Luis Cuerda y con ese y sus amaneceres en Ayna, Albacete, tengo plancha también...

- ¿Qué?

- Hay que hacer que Carmen sea un poco más cabrona.

- ¿Más?

- Hay que hacer que el público considere que no es tan malo que se la carguen. Hay que buscarle algo muy sucio y truculento, muy jodido, por ser claros...

- Pero si lleva a José a la perdición, le engaña, juega con él, le vuelve loco de celos...

- No es suficiente, van a decir que eso lo hace él solito.

- Pero, además, cambiar ahora el libreto no tiene sentido, si la gente ya conoce la obra por mucho que...

- Da igual, la gente no tiene memoria, nosotros le plantamos un «dospuntocero» detrás del título, nos montamos una coreo para TikTok y santas pascuas y buen vino.

- Pero si se lía con un picador en la novela y yo ya le di bombo a eso y lo convertí en torero...

- Ese es un buen golpe de efecto, también se lo digo... que liarse con un torero... pero hay que buscar algo más... algo mucho peor... algo que la haga sentarse al lado del trono del mismísimo señor del averno.

- Madre mía, que intensa es usted Antonia.

- Gracias. Ya le dije que he sido feriante.

- A ver... estoy pensando...

- ¿Sí?

- Pues... que yo no sé si en los tiempos en los que usted vive se mantiene la versión original, pero tanto en la novela como en los primeros pases...

- ¿Sí?

- Buah... no, es demasiado fuerte... es convertir a Carmen en el ser humano más odiado de la faz de la tierra... es...

- Suéltelo que se nos echa el tiempo encima.

- Pues que Carmen era...

- ¿Sí?

- Cigarrera. Hala, ya lo he dicho.

- Qué hija de puta.

- Es demasiado ¿verdad?

- ¡Es perfecto!

- ¿Seguro?

- ¡Trabajaba en una fábrica de cigarrillos! ¡Su asesinato está más que justificado! ¡Ya está joder, ya está! Toñi eres la mejor, otro expediente cerrado. Este año no se lleva la prima el gilipollas de Antúnez, este año es tuya.

- ¿Perdone?

-

- ¿Antonia? ¿Sigue ahí?...

-

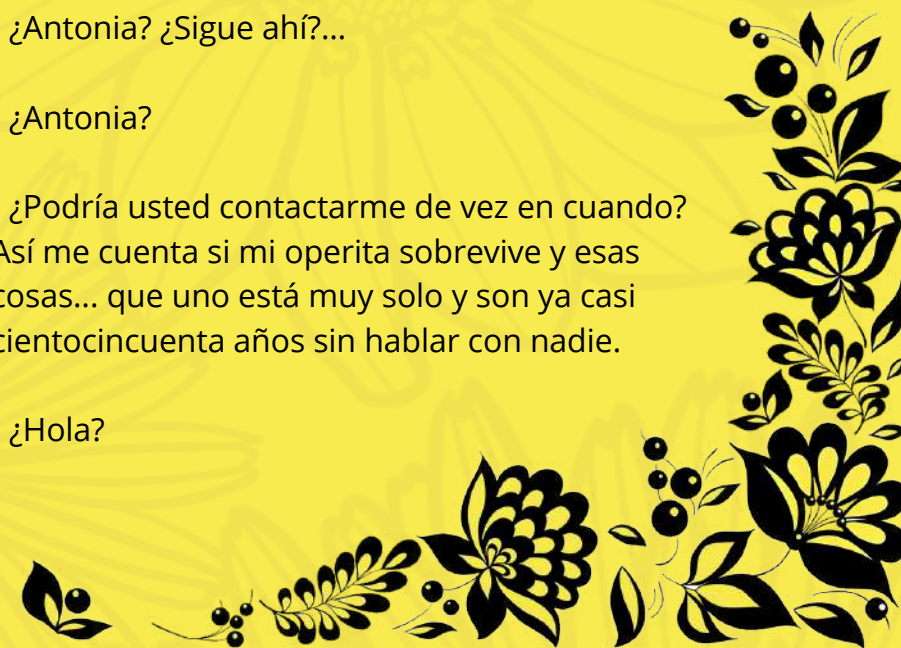
- ¿Antonia?

-

- ¿Podría usted contactarme de vez en cuando? Así me cuenta si mi operita sobrevive y esas cosas... que uno está muy solo y son ya casi cientocincuenta años sin hablar con nadie.

-

- ¿Hola?





EL FINAL DE UNA VIDA

Una colilla en el suelo
Olvidada en el asfalto
Luz de un fuego ya apagado
Recuerdos en su rastro

Viento mueve su destino
En la calle solitaria
Nadie ve su pequeño mundo
Historia en cada calada

Colilla de cigarrillo
En el viento se perdió
Luces de una vida breve
Que en la noche se marchó

La ciudad sigue su ritmo
Nadie nota su presencia
Quemadura en el camino
Humo que ya no regresa

Quizás alguien la recuerde
En la luna o en el sol
Pero es solo ceniza
Espejo de un corazón



LA FOTO

de ANDRÉS M. ÑÍGUEZ
para CIGARRILLOS

POR CULPA DE LA HIPNOSIS

CARLOS SAN JORGE

Hace poco, viendo una serie de investigación de crímenes, me fijé en que uno de los personajes principales, hipnotizando a otro para que dejara de fumar, le decía algo así como: «cada vez que des una calada al cigarrillo saborearás el sudor de un magnate gordo y asqueroso de la industria del tabaco y te dará mucho asco»

Y esa chorrada de frase hizo un clic en mi cabeza y me dejó más claro, si cabe, cómo se ha usado y se sigue usando el séptimo arte en un ejercicio de manipulación, a veces, sin contemplación.

No hace mucho, en los años 40 de un esplendoroso Hollywood, se empezó a incluir, a modo de publicidad, el tabaco en todas las producciones cinematográficas. Para los estudios era una fuente de ingreso más en los costosos proyectos y, para las empresas tabaqueras, una publicidad más que rentable porque los adolescentes de prácticamente todo el mundo recurrían a este vicio para emular a sus estrellas de cine favoritas, aumentando notablemente los porcentajes de ventas.

Con el paso del tiempo, este simple elemento se hizo tan importante que fue incluido por los guionistas como fundamental en la propia narrativa visual de la historia que se estaba contando, o como característica principal del personaje. Encender un cigarrillo, en según qué escena, daba a entender, sin una sola palabra, qué había pasado o qué iba a suceder. A quién no le viene a la mente un interrogatorio policíaco tenso y lleno de humo. O la situación clásica, después de un fundido a negro, de una pareja recostada en una cama fumando... aunque sea una escena aislada, el tabaco nos dice qué ha pasado antes.

El tabaco marcaba, también, ese perfil definido e imitable para el público que buscaba en el espectador el consumo indiscriminado. Un puro era un símbolo claro de poder, un cigarrillo con boquilla larga y mayormente en la boca de una mujer, sensualidad y sexualidad. Un vaquero, un policía o un gánster con un cigarrillo a medio lado conformaba claramente el estereotipo de un tipo duro que va a enfrentar o ha enfrentado con solvencia un momento tenso. En las cárceles, entre presos, era la moneda legal de cambio dentro del centro penitenciario. Y seguro que se le ocurren muchas referencias más.

Y es curioso... algo que, como dije antes, no hace mucho tiempo era normal, y no hacía que saltara ningún tipo de alarma, ahora, al ver a alguien en televisión, cine o, incluso, teatro fumando te lleva a pensar «Hostia, está fumando. No se puede». Me temo que, a partir de ahora, también me vendrá a la mente la imagen de ese mismo personaje saboreando el sudor de un magnate gordo y asqueroso de la industria del tabaco.

Gracias, Patrick Jane, *The Mentalist*.



¿EL ÚLTIMO?

BEATRIZ GORJÓN

Con corazón de papel y alma de humo,
oculto en su castillo de cartón.

Lo buscas con los dedos temblorosos,
al prenderlo te quema las pestañas,
la brasa te calienta los nudillos,
el aire se hace gris entre tus miedos
y el tiempo se consume sin temor.

Cada bocanada, un consuelo vano,
un alivio que te quema por dentro,
aumentando el vacío de tu pecho.

El humo es una danza que te envuelve,
cenizas de un silencio en combustión.

Lo intercalas con sorbos de café
una tarde gris de otoño cualquiera,
imaginando que ya no habrá más.





Sin título
Dibujo a lápiz sobre papel
Alejandro García Restrepo
(1983 - 2023)
Medellín, Colombia.

Se consume
entre mis dedos.
Punta incandescente,
todo lo que toca
es fuego

me rodean nubarrones,
los borrones son humo negro.
Encallé en el desierto
de la ceniza que desprendo

Estoy perdido.

Acabo uno, agarro otro.
Ellos pagan los platos rotos
del galimatías de este coco

Todo lo rompo,
¡NO VALGO!

Todo me rompe,
me largo...

Esclavizado por el letargo
veo escapar mi alma
a cada exhalación

hay sabor a sudor amargo
en la búsqueda de calma
al escribirte otra canción

mientras se consume
entre mis dedos,
así como te narro,
otro bolígrafo que quemó
como si fuera
un cigarro

No prende, me apago.
No valgo, amor.
Me largo.

ESTROFAS VISCERALES DESIERTO DE CENIZA

EDWING VLADIMIR



CIGARRO
VÍSCERAS INVITADAS:
MIRIAM JU

 miriamjupinta

FUNDIDO A NEGRO

VÍSCERAS INVITADAS: FERNANDO SOTO REDONDO

Buenas noches. El capítulo de hoy comienza con un bajo sonando a cadencia media, al que se añaden unas varillas raspando la batería a ritmo de jazz. Se abre un plano en blanco y negro en el que vemos una sala tenuemente iluminada, rodeada de mesas redondas, pequeñas y espaciadas en torno a un escenario; en cada una de ellas, hombres con elegante traje de noche, esperando a que comience el show. Al fondo, un cortinón interminable de terciopelo, de suelo a (invisible) cielo. Theo, un hombre maduro en sus cincuenta muy bien llevados, con su cabello engominado como merece la ocasión, recrea su espera disfrutando de su copa cargada de whisky, con el silencio de un católico practicante orando en la catedral. ¿No es esto acaso una liturgia, un ceremonial?

El tiempo parece haberse detenido. De la nada aparece en medio del escenario un gran piano de marfil; recostada sobre él, de perfil, una voluptuosa mujer negra enfundada en un largo vestido de lentejuelas, cuya descarada abertura desde la cadera izquierda muestra unas larguísimas piernas que disparan la admiración de los allí presentes. Con los ojos cerrados, levanta su cabeza, acerca a su boca el micro y comienza a cantar. Embelesado, Theo recorre con su mirada a la cantante, que abre sus ojos y le mira dando lugar a una comunión perfecta; tiene un iris completamente blanco. Baja sinuosa y complaciente del piano y se dirige hacia él, que saca de su pitillera un cigarrillo y lo enciende para dar la primera calada. Cuando ella está a un palmo de su cara, abre suavemente su boca, le sonrío y exhala un humo de un azul intenso, que sale a un ritmo más lento de lo normal, denso. Parece no tener fin. Al terminarse, él acerca sus labios a los de ella, que le frena y dice:

- Aún no. Ya queda poco.

Camina hasta ponerse detrás suyo y acercando su rostro le susurra al oído:

- Ven y elévate como el humo azul.

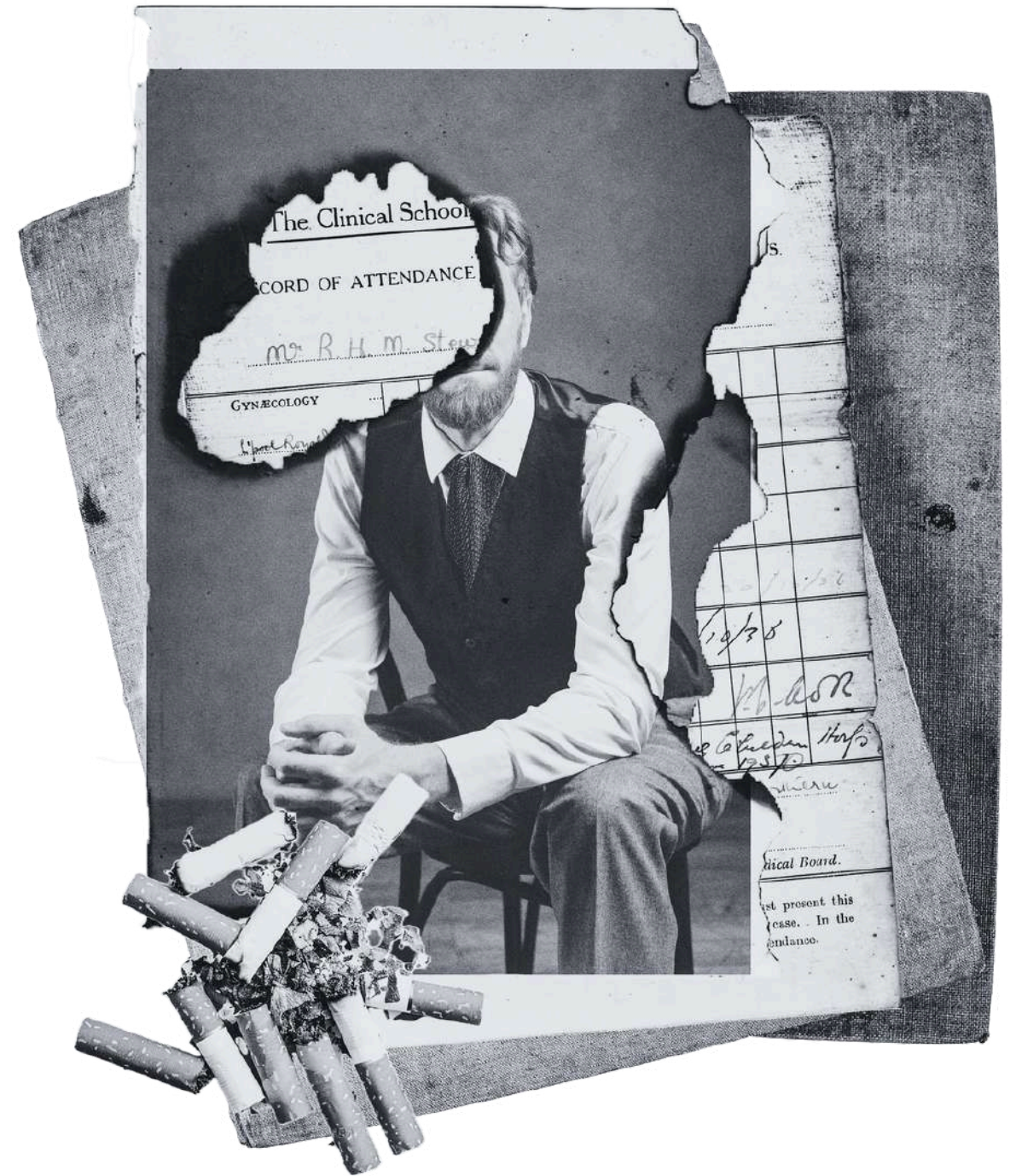
Cuando Theo gira hacia ella, ya ha desaparecido. En ese momento, aparece rápida la mano de una niña para coger su pitillera y salir huyendo bajo la cortina.

Theo sale tras ella y, al pasar bajo el telón, le invade una nube blanquecina que apenas le deja ver dónde se encuentra. Desorientado, intentando ubicarse, recibe una palmada en la espalda y escucha una voz familiar:

- Vamos, Theo, las chicas esperan.

Es su compañero del ejército del aire, que luce uniforme, al igual que él.

La niebla se disipa ligeramente y, entre la algarabía de la gente y la fanfarria, comienza a sonar una orquesta sobre un kiosco en lo que parecen ser las fiestas del pueblo. Ambos se acercan para unirse a otro grupo de chavales que rondan la veintena y comentan sobre un remolino de chicas de la misma edad que está frente a ellos en el lado opuesto de la plaza con sus trajes de fiesta y que observan, igualmente, a los chavales con vergüenza, coquetería y nerviosismo.



FUNDIDO A NEGRO

VÍSCERAS INVITADAS: FERNANDO SOTO REDONDO

Theo ve a su compañero encenderse un cigarro y echa mano al bolsillo para darse cuenta de que la pitillera ya no está ahí. Le pide uno.

- Eh, Theo; Mila no te quita ojo.

Y ahí está él, que en cada calada se siente como Brando, como Jimmy Dean, con la frescura que irradia la sangre joven ante la chica más hermosa del mundo. Sabe que no tiene nada que perder, sus cuerpos hablan el mismo idioma. Jaleado por la tropa, no pierde el tiempo y ahí va.

- ¿Bailas?

Ella responde azorada, alisándose la falda con ambas manos.

- Pensé que no me lo ibas a pedir nunca.

Da una última calada al cigarrillo y lo lanza sin mirar para coger con delicadeza la mano de Mila y asirla de la cintura. Comienzan a bailar y siente que sus pies ya no tocan el suelo. Y giran y giran, sonriendo felices. Y el ritmo de la música de la orquesta acelera hasta volverse casi frenético. En un abrir y cerrar de ojos, se encuentra en un carrusel de feria montado en un caballito al lado de dos niñas pequeñas que disfrutaban del juego metidas en un coche de bomberos. La atracción comienza a reducir su velocidad.

- Papá, yo quiero otra vuelta.

Es Keren, la pequeña.

- No, yo estoy mareada, vamos a jugar a la fuente.

Sugiere Lou, la mayor. Y salen las dos disparadas hacia una fuente, en torno a la cual brincan y se persiguen entre risas.

- Niñas, nos vamos a ir a casa, que vuestra madre va a preocuparse y no son horas. Estos paseítos nocturnos se van a acabar en cuanto termine el verano, que ni una noche puede uno reposar la cena. Hay que fastidiarse con estas monas ... Me fumo uno y a casa. Y sin rechistar.

Theo enciende un cigarro frente al escaparate de unos ultramarinos donde se ve reflejado. A medida que consume el tabaco, la imagen se distorsiona y añade edad a su reflejo hasta que al Theo que tiene en frente se le enciende con fuego el cabello y, cada vez que apura el cigarro, su cabeza comienza a transformarse en ceniza para pasar a consumir el resto del cuerpo, que en un soplido de viento desaparece por completo.

- Theo, Theo, ¿pero vas a salir a cantar o no?

Se da la vuelta y se encuentra en el camerino de un teatro donde su compañero del ejército, ahora mucho mayor, le apremia para salir a escena.

- No te hagas de rogar, que te están pidiendo otra. Canta la de aquel pescador en el cuartel, que esa no la han oído.

- Voy, voy.

Se mira al espejo, con su traje de militar, y empieza a sentir un calor que aumenta por segundos. Coge un pañuelo de tela que hay sobre la mesa y se seca el sudor. A sus espaldas, un gran cartel que anuncia la gran gala del ejército del aire donde puede leer su nombre: «Con la actuación especial de Theo R.» Pañuelo en mano, sale del camerino y escucha por el pasillo que le conduce al escenario a la gente corear su nombre. Sale al escenario, el público arranca a aplaudir y ve en primera fila a su mujer con sus dos hijas, emocionadas de ver allí a su padre. Aplaca el fervor del público con sus manos y, antes de arrancarse a cantar, le guiña un ojo a Mila, que le lanza un beso. Al comenzar, el sudor se vuelve intenso, los focos parecen lanzar fuego y, de repente, un golpe de tos.

- Perdón.

Un compañero le anima desde las gradas.

- ¡Vamos, Theo, campeón!

Le sigue el resto del público. La tos se hace más fuerte. Theo se tapa la boca con el pañuelo y descubre que está teñido de rojo. Los ánimos aumentan y la imagen se emborrona. Alguien se acerca y le da un vaso de agua.

De repente, se ve postrado en una cama de hospital. Ve salir de la habitación a su mujer y a sus hijas. Un doctor con carpeta en mano se pone a los pies de la cama y comienza a hablarle, pero no entiende nada. La vista comienza a nublarse y apenas distingue la figura de otro médico negra que se le acerca para acariciar su cara empapada en sudor. Suavemente, le susurra:

- Elévate como el humo azul. No sufras más, amor.

A través de la ventana del hospital comienzan a caer las primeras hojas de otoño.

Fundido a negro.

LA OBRA

de PEDRO VEZ LUQUE
para CIGARRILLOS



pedro vez luque
2024

LA
VISCERA
magazine

